

Góngora en su centenario

L acercarse el centenario de Góngora—muerto en Córdoba el 23 de mayo de 1627—emprendimos una nueva lectura de sus obras. Para abreviar la tarea de comparación, que no es fácil en Chile y que, sobre todo, demanda un tiempo de que no podíamos disponer, nos confiamos al Rivadeneyra. ¿Quién no sabe que, en parte al menos, las ediciones del benemérito exdueño de «El Mercurio» han sido acribilladas por la crítica literaria? Empezó Rivadeneyra su labor en época tal vez prematura. Un pequeño grupo de eruditos estudiaba con ahinco, en esos mismos años, la historia literaria de España. Y antes de que su obra tuviese término—y hay que advertir que ese día aun no ha llegado,—ya había un editor que tomaba a su cargo empresa que no es exagerado llamar gigante.

Esta relectura de Góngora en la edición Rivadeneyra nos permitió, pues, comprobar el escaso cuidado crítico demostrado por las inteligencias españolas. En esfera más general, nos permitió también notar la escasísima disposición del genio español para la tarea crítica y erudita. Talento esencialmente creador, el español no siente entusiasmo alguno por labores impersonales y oscuras. El genio de España reclama a cada instante una beligerancia y una participación activa en la obra, que es la negación misma del trabajo crítico. Así lo prueban los más aventajados críticos y eruditos de España, siempre menos que lo que necesariamente ha demandado su formidable literatura clásica. Así también lo prueba el éxito de la intervención de eruditos extranjeros en asuntos literarios españoles.

Pero las ediciones críticas, cuidadosas, de los clásicos, no

han saltado en España. Sobre Góngora anotemos la del francés Foulché Delbosc, compuesta de tres hermosos volúmenes. Por su parte, «La Lectura» ha emprendido, hace pocos años, esta labor, respecto de todos los clásicos castellanos, y la prosigue con éxito considerable. La Real Academia, por lo demás, también ha prohijado y prohija labores semejantes. Baste recordar su magnífica edición de Lope de Vega, al cuidado de Menéndez y Pelayo y enriquecida por éste con prólogos que son modelo de erudición firme y de bello estilo, que quedó inconclusa como muchos otros trabajos del genial santanderino. Pero si «La Lectura» no ha llegado a Góngora en su bello esfuerzo editorial, he aquí que el centenario del cordobés provoca ediciones que son merecedoras de aplausos sin reticencias.

La *Revista de Occidente*, en efecto, auspicia una edición de Góngora que abarcará ocho volúmenes y que será preparada por escritores y eruditos de renombre. El primer volumen de este trabajo ha llegado ya a nuestras librerías. Comprende las dos «Soledades» que dejó Don Luis, expurgadas, anotadas y, además, traducidas en prosa, al final del volumen, por don Dámaso Alonso. Es éste un nombre nuevo en el grupo, creciente cada día, de la erudición española; pero, sobre todo, advirtamos que no es sólo un erudito: en su obra ha juntado el amor de un poeta a la paciencia del investigador. El prólogo del libro, titulado «Claridad y belleza de las *Soledades*», es un ensayo muy serio de interpretación de la obra gongorina. Y como en Góngora la manera culta no inficiona sólo el estilo de las «Soledades», sino también se aposenta en el «Polifemo» y en el «Panegírico» y en mil versos más—sonetos, canciones, etc.—puede asegurarse que la interpretación de Alonso abarca todo el gongorismo en Góngora.

Este prólogo es un prodigio de equilibrio entre la erudición pura, que le ha dado base, y la visión poética; entre el estudio comparativo, crítico e impersonal y la afección que Alonso, como poeta, profesa a Góngora. No cae el joven erudito en el pecado de negar la dificultad gongorina: «La lectura de las *Soledades*—dice—es ciertamente—sería necio el negarlo—muy

difícil. Pero una cosa es la dificultad y otra la incomprendibilidad o la carencia de sentido». Y agrega: «Es verdaderamente vergonzoso que haya todavía en España personas que escriben y discuten de cosas de literatura y siguen creyendo que las *Soledades* son un simple galimatías, un engendro sin pies ni cabeza».

Pero ya sabemos quién tiene la culpa de que dicho juicio haya informado treinta o más años la opinión de toda crítica oficial. Fué Menéndez y Pelayo quien, desde lo alto de su vertiginosa erudición, fulminó así al pobre poeta cordobés. En un raptó de mal genio, el crítico católico dijo: «Góngora se había atrevido a escribir un poema entero (las *Soledades*) sin asunto, sin poesía interior, sin afectos, sin ideas, una apariencia o sombra de poema enteramente privado de alma... Nunca se han visto juntos en una sola obra tanto absurdo y tanta insignificancia. Cuando llega a entedérsela, después de leídos sus voluminosos comentadores, indignale a uno más que la hinchazón, más que el latinismo, más que las inversiones y giros pedantescos, más que las alusiones recónditas, más que los pecados contra la propiedad y limpieza de la lengua, lo vacío, lo desierto de toda inspiración, el aflictivo *nihilismo* poético que se encubre bajo las pomposas apariencias, los carbones del tesoro guardado por tantas llaves. ¿Qué poesía es esa que, tras no dejarse entender, ni halaga los sentidos, ni llega al alma, ni mueve el corazón, ni espolea el sentimiento, abriéndole horizontes infinitos? Llega uno a avergonzarse del entendimiento humano cuando repara que en tal obra gastó míseramente la madurez de su ingenio un poeta, si no de los mayores (como hoy liberalmente se le concede), a lo menos de los más bizarros, floridos y encantadores en las poesías ligeras de su mocedad».

El primer cuidado de Alonso es demostrar que, contrariamente a lo dicho por Menéndez y Pelayo, tienen las «*Soledades*» un sentido, si bien escondido, y hasta que hay en ellas una médula novelesca o activa que da estructura a los poemas y que constituye, por decirlo así, su asunto. En el prólogo a su edición de las «*Soledades*» analiza Alonso, primeramente, el

contenido novelesco de los poemas y en seguida, establecida ya la médula de la obra, desmenuza los elementos que contribuyen a formarla. Es este trabajo un alarde de claridad de visión, de sana y entusiasta labor crítica. El erudito, que esconde un poeta como ya hemos dicho, reseña los motivos naturales del poema, analiza el concepto renacentista de la Naturaleza, patente en las «Soledades», se interna en la consideración de los elementos puramente verbales, metáforas, alegorías, imágenes de creación personal, etc., pasa luego a describir las sensaciones que el poema suscita, sensaciones sonoras, táctiles, olfativas, visuales en sus dos aspectos: de forma y de color; asienta después el barroquismo de Góngora y termina afirmando que las «Soledades» no son poemas vacíos de sentido y de asunto, sino que tienen uno y otro excelsos y sorprendentes. Y esta labor delicadísima, decantación de largas horas de fatigoso análisis, de comparación y de buceo en las abigarradas profundidades gongorinas, aparece aquí como un simple juego de la inteligencia, sin alardes vanos, sin dificultad alguna aparente. No es exagerado asegurar que entre los intentos críticos de comprensión del gongorismo, es este uno de los más meritorios.

Dice el crítico, al resumir su trabajo: «No vacío, no nihilismo poético: iluminada plenitud, plétórica plenitud. Hervor de vida idealizada, hormiguar de formas, borbotear de fuerzas, bullir de colores, huracanes y remansos de armonía. Intensidad: lo conciso dentro de cada partícula de lo pomposo, Pasión y freno: libertad y cánon. Exuberancia barroca, sí, pero apurada, pero acendrada hasta en el más huidizo escrúpulo del pormenor. Prurito incalmable de la calidad, anhelar frenético de perfecciones. Otero del éxtasis: belleza».

¿No queda con estas palabras definida la poesía gongorina en su múltiple diversidad? Sin duda. Dámaso Alonso ha probado—ya lo hemos dicho—que no es sólo erudito, que no ha ido a Góngora por simple curiosidad de crítico y de comentar, sino que es también poeta y que, como tal, ha podido ver allí el arte supremo de la forma que es el gongorismo.

Apenas terminado de leer el libro en que Alonso reeditó las

«Soledades», primer volumen de una nueva edición de toda la obra de Don Luis, confiada a Enrique Díez Canedo, Alfonso Reyes, Pedro Salinas, Jorge Guillén, etc., llega a nuestras manos un volumen de «Cuestiones Gongorinas», suscrito por el segundo de los nombrados. Alfonso Reyes, miembro destacado de la diplomacia mexicana, es viejo admirador de Góngora. Ya en un libro de juventud—juventud por la edad del autor, no por la ponderada gravedad de temas y conceptos,—«Cuestiones estéticas», estudió la poesía de Góngora en un capítulo plerórico de sugerencias, generoso y cordial. En esos años atisbaba Alfonso Reyes la proximidad ideal de Góngora y Mallarmé, otro revolucionario, otro incomprendido. (¿Cómo es posible que no haya habido crítico español que estudie este tema, preñado de singulares perspectivas?) A lo largo de varios años el escritor fué acotando, con severo método bibliográfico y crítico, aspectos de la obra gongorina. Y nótese que son aspectos secundarios, no porque tales estudios no sean importantes sino porque son parciales, fragmentarios y accesorios. Indispensables para la fijación erudita de la poesía gongorina, no son, sin embargo, imprescindibles para fluirla con la plenitud deleitosa que ella entraña.

Al principio de este artículo nos hemos referido al escaso poder crítico de los escritores españoles. Leyendo a Alfonso Reyes se comprende cuán justificado es el reparo. Este libro nos enseña que todo está todavía por hacer respecto de Góngora, y hay que notar aún que es éste uno de los escritores clásicos a quien se ha hecho objeto de más copiosa erudición. De allí la excepcional importancia que puede atribuirse a la tentativa de la *Revista de Occidente* en homenaje al centenario de don Luis.

De allí también la importancia de estos ensayos de Alfonso Reyes, de cuyo talento claro y de cuya integral cultura literaria habíamos podido esperar algo más como homenaje al maestro. Tienen estas páginas de erudición pura, sin embargo, un mérito fundamental: indican, como eficiente conclusión, un completo plan de estudios gongorinos, que el autor plantea así: «Son las

principales causas de error (en la poesía de Góngora), en sentido descendente de su imputabilidad al poeta: 1.^a El abandono de Góngora: a) que no coleccionó sus poesías; b) que las dejó correr incompletas; c) que no fijó a tiempo su cronología. 2.^a su manía de corrección, que es fuente de variantes igualmente legítimas. 3.^a La mordacidad de sus sátiras: a) que las hizo disimular o perder; b) pasar por anónimas; c) conservarse como atribuidas a él, pero sin criterio de certeza. 4.^a La complejidad de su estilo poético, que produjo: a) errores de ignorancia; b) divergencias de interpretación, todo fuente de variantes. 5.^a La semejanza léxica y técnica de los poetas del ciclo gongorino, que hizo: a) prohijar a Góngora piezas ajenas; b) prohijar a otros piezas de Góngora». Alfonso Reyes propone resolver estas dificultades de la manera siguiente: «1.^a Estudios críticos de la bibliografía gongorina: a) valoración de las colecciones de obras de Góngora; b) vicisitudes de cada poesía en cada una de sus ediciones. 2.^a Estudio de los manuscritos gongorinos, cuya importancia para conocer las fases sucesivas de las poesías de Góngora ha sido señalada ya por R. Foulché Delbose. 3.^a Esquismo cuidadoso de los comentaristas de Góngora. «Así llegará un día en que se pueda contar con: 1.º Índice de obras auténticas: a) acabadas por el poeta mismo; b) incompletas; c) continuadas por otros; d) anónimas; e) atribuidas a otros. 2.º Índice de obras atribuibles: a) bajo el nombre de Góngora; b) atribuidas a otro; c) anónimas. 3.º Índice de apócrifas. 4.º Índice cronológico. Donde el estudio externo de la obra tiene que auxiliarse con los documentos históricos. 5.º Índice de asuntos. (La misma observación que para el párrafo 4.º). 6.º Reglas para la edición crítica. Su término será la fijación de textos particulares, donde el estudio externo de la obra tiene que auxiliarse con los resultados de la crítica literaria y de la lingüística».

Agrega Alfonso Reyes que estos cuadros tienen sólo un valor teórico o ideal. Pero sea como fuere, son un *modus operandi* excelente para el investigador que en estos mismos días y en el futuro se acerque a la obra de Góngora. El mismo escritor y diplomático ha dado el ejemplo, y sus «Cuestiones gon-

gorinas», recopilación de artículos publicados en revistas eruditas, a lo largo de varios años, demuestran las excepcionales dotes de Reyes para tal labor. La cual, como él mismo dice en el prólogo de su libro, es «tan semejante al trabajo de la hormiga».

En los volúmenes que formarán la nueva colección de Góngora, auspiciada por la *Revista de Occidente*, el de «Letrillas» ha sido encomendado a Alfonso Reyes. Esta es la mejor ocasión que puede presentársele al erudito escritor mexicano para llevar a la práctica sus cuadros teóricos o plan de trabajo respecto de la obra gongorina. Todo eso fuera, naturalmente, del singular aporte del crítico a la edición, en forma de prólogo y de notas. Las letrillas de Don Luis son algunas de las piezas más deleitosas de su obra ingente. En ellas, por feliz acomodo de la forma perceptiva y del genio peculiar del poeta, se alían lo bajo y lo sublime, el arte menor y el arte mayor, la máxima belleza formal y la risueña vena burlesca, y, en fin, la manera llana y la culta. Ha escogido, pues, Alfonso Reyes una materia que le permitirá destacar, con muy justo título, entre los editores y comentadores de Góngora.

Fuera de estos trabajos, que hemos reseñado rápidamente, el centenario de Góngora ha provocado muchos y muy bellos artículos críticos. No vamos a ocuparnos de ellos. Sería tarea sumamente larga, si bien gratísima para el admirador de Góngora, y jamás podríamos pretender abarcar sino una parte insignificante de ella. Anotemos, sí, que este movimiento en torno a Góngora señala en la joven generación intelectual española un cambio de frente absoluto con respecto a la obra barroca de Góngora y de su tiempo. Si ha habido en materias literarias una revisión de valores y de juicios, ella es la que hoy, y desde hace unos diez o quince años, se efectúa a propósito de Góngora. Mucho nos toca esperar todavía de este generoso movimiento.

✓ RAÚL SILVA CASTRO.

NOTA.—Terminadas las anteriores líneas, llega a nuestras manos un nuevo volumen de la reedición de Góngora por la *Revista de Occidente*. Comprende

los Romances de Don Luis, compulsados y anotados por José M. de Cossío. Esta edición, si es tal vez definitiva, no es crítica. El señor Cossío la hace preceder de una breve noticia en que expone dos o tres simplísimas ideas respecto de la poesía gongorina. ¿Es que el señor Alonso nos había hecho entrever un panorama superior a su medio, o es que efectivamente el trabajo de Cossío se resiente de la falta de un estudio sobre el romance en Don Luis? Seguramente de las dos cosas hay un poco. El hecho es que el lector entra un poco desprevenido en este volumen, que debió contener, como el primero de la serie, siquiera un esbozo de crítica y exégesis gongorinas. Esperamos que algún día será subsanada la deficiencia.—R. S. C.